

LIBRO VII

EL DEBER Y LA CONCIENCIA



Capítulo I

El tormento

Indescriptible fué la desesperación de D. Diego de Saavedra y de los dos Alva, padre é hijo, cuando al volver á la casa los últimos halláronla en el más completo abandono y ausentes de ella las prendas queridas de sus corazones.

Cediendo unos y otros á los naturales impulsos de su ira y su dolor despojaron de sus espadas á los cadáveres de los soldados muertos por Tezomoti y blandiéndolas desesperadamente vertieron de los labios palabras de odio y venganza.

Por fortuna de todos D. Alonso que, menos afectado que sus amigos, conservaba mayor dominio sobre sí, pudo calmarlos con buenas y sólidas razones.

Hizoles observar que debiendo como debían su libertad á un rasgo de entusiasmo de Hernán López y no á la voluntad de los gobernadores, éstos no tardarían en

cuanto del hecho se enteraran, en buscarlos por cielo y tierra y volverlos á aprehender.

Además era de todo punto indispensable emplear la mayor cautela para descubrir el paradero de D.^a Beatriz, María, su hijo y Tezomotli, que debía creerse lo ignoraba el mismo Hernán López, pues nada les había dicho de ello.

La dificultad estaba en elegir el lugar donde los fugitivos pudieran ocultarse, pero también á esto ocurrió don Alonso proponiéndoles asilarse en el monasterio de San Francisco.

Aceptadas unas y otras proposiciones, nuestros héroes se encaminaron, aprovechando los últimos momentos de aquella noche terrible, al convento de San Francisco, donde fueron acogidos con caritativo interés por Fray Martín de Valencia.

Dejémosles por ahora en su cristiano asilo entregándose en unión del venerable custodio á toda especie de pesquisas que les dieran el resultado de volverse á reunir con sus seres queridos, y volvamos á Salazar y sus maquinaciones.

De modo tal supo Hernán López enredarle las cosas y en ellas confundirle, que el astuto amigo de Peralmíndez le pareció su más consecuente servidor y partidario.

Persiguiendo siempre su propósito de hacer desaparecer de la escena á Rodrigo de Paz y entrar á saco en el soñado depósito de los tesoros aztecas, de que suponían apoderado á Hernán Cortés, consiguió Hernán López que Salazar, secundado por Alonso de Estrada como tesorero, obligase á Paz á permitir se hiciese el inventario de los bienes del conquistador.

Paz se resistió á dar semejante permiso, alegando que

la supuesta muerte de Cortés era una absurda invención de los gobernadores, tan torpemente urdida, que ellos mismos denunciaban su falsedad en el simple hecho de no haber procedido al juicio tantas veces anunciado como aplazado del caudillo azteca Xihualcoatl.

—Tiene razón que le sobra,—dijo Hernán López á los gobernadores, cuando se enteraron de la contestación de Paz, y después añadió,—pero todo puede remediarse celebrando el anunciado juicio.

Convenido así por aquellos perversos hombres, la vista del proceso de Xihualcoatl se anunció por toda la ciudad á la voz del pregonero.

Xihualcoatl, ó por mejor decir el hermano del general de este nombre, enterado de lo que iba á hacerse no demostró temor ninguno: creyó que aquello era una parte del plan formado por el sacerdote Ixtaolín para aumentar la anarquía entre los españoles y facilitar la reconquista de la patria.

Preguntado si ante sus jueces sostendría que Cortés y los españoles habían sido derrotados y muertos por los indios en el camino de las Hibueras, contestó que sí lo sostendría.

Pregonado el juicio fué incontable la muchedumbre que acudió al local al efecto designado, ansiosa de convencerse de la realidad de un suceso que tan hondamente afectaba los intereses de todos.

Rodrigo de Paz fué invitado á sentarse á la misma mesa de los jueces, como pariente y apoderado del conquistador, y para que él mismo estimase la verdad de las pruebas en que los gobernadores habían fundado la especie autorizada por ellos.

Delante del tribunal se encontraba el horrible potro

de tormento, especie de banco fuerte y macizo provisto de varias poleas, de una rueda de aspas y de gruesas cuerdas de cañamo.

Sobre otro banco de menor tamaño veíanse infinidad de objetos destinados también al tormento.

Consistían estos objetos en varias cuñas de madera de diferentes tamaños: en un enorme embudo de hoja de lata y algunos jarros de lo mismo; en una alcuza conteniendo aceite; en clavos, en martillos y en tenazas.

Al pié del banco del potro ardía en un brasero de metal, grueso montón de ascuas que los ayudantes del verdugo tenían cuidado de alimentar constantemente.

A su debido tiempo Xihualcoatl fué introducido en el salón, cargado de cadenas y entre fuerte pelotón de soldados.

Ya fuese resultado de natural valor, ya de la confianza que pudiese abrigar en que todo aquel aparato de rigor no llegaría á emplearse contra él, el hecho es que el hermano del caudillo azteca se conservó en arrogante postura, y á la vez que en sus labios se estereotipaba una sonrisa de desprecio, en sus miradas se leía la superioridad que sin duda juzgaba tener sobre sus jueces.

El interrogatorio fué largo, minucioso y claro.

Las respuestas de Xihualcoatl llamaron la atención por lo concisas y arrogantes.

Describió el supuesto acontecimiento con verdadero lujo de detalles.

A la pregunta que se le hizo sobre la parte que había tomado en el suceso, contestó que ninguna y en tal concepto pidió que se le dejase libre ó al menos que no se siguiese ningún grande perjuicio en su persona é intereses.

Rodrigo de Paz, que durante el juicio no había perdido de vista ni á Salazar, ni á Chirinos, ni á Xihualcoatl, sin poder descubrir cosa alguna que á ninguno de los tres denunciase como embusteros, creyó poder quitarles la máscara del fingimiento exigiendo que se le aplicase el tormento al procesado, para convencer á los oyentes de que nada había ocultado.

Esta exigencia contrarió de tal modo á Salazar y á Peñalmíndez, que no supieron ocultar su turbación, ni impedir que Paz lo notase alegre y satisfecho.

El supuesto Xihualcoatl palideció á pesar suyo y más cuando notó que los concurrentes al acto se pronunciaron en mayoría por la aplicación del tormento.

Hernán López que mandaba la guardia comprendió que era imposible sin gran peligro para sus planes que aquella situación se prolongase y mantuviese indecisa, y aproximándose al procesado le dijo con rapidez:

—Nada temas: mantente en tu dicho y el tormento no se llevará á cabo.

A la vez ordenó á su gente que condujera al potro á Xihualcoatl, y tomando de un brazo al verdugo, le dijo:

—Si le matas en el menor espacio de tiempo posible, Salazar te entregará esta noche el quinto del tesoro de Hernán Cortés: si no aceptas, antes de que esta noche llegue ponte bien con Dios, porque no verás amanecer el día de mañana.

El tumulto, el vocerío, el escándalo en el salón eran extraordinarios, y en vano los jueces procuraban restablecer el orden.

El verdugo aprovechó los momentos y el desventurado Xihualcoatl se vió en un instante fuertemente amarrado al terrible potro.

Giró la rueda de aspas: las cuerdas se adelgazaron al estirarse y Xihualcoatl lanzó un grito de espantoso dolor.

Rodrigo de Paz vió palidecer mortalmente á Chirinos y á Salazar, y ebrio de satisfacción, y ciego hasta la inhumanidad, queriendo apresurar el momento en que la víctima infeliz desmintiera cuanto primeramente había declarado, gritó levantándose en pié:

—¡Otra vuelta! ¡otra vuelta á la rueda!

A su vez Peralmíndez se levantó también de su asiento y horrorizado, pues era el menos cruel de todos sus camaradas, exclamó:

—¡No! deteneos, esperad á que responda á la pregunta que haya de hacerse!

—¡Otra vuelta!—gritó de nuevo Paz cada vez más seguro de su victoria.

—¡Obedece!—repuso Hernán López dirigiéndose al verdugo.

La rueda giró de nuevo, no una, sino dos veces, y Xihualcoatl ya no gritó; crujieron sus huesos: sus ojos giraron en sus órbitas hasta quedar en blanco, y después de una sacudida que hizo mover el macizo banco del potro, permaneció en absoluta inmovilidad.

¡Había muerto!

Al anunciarlo así el verdugo, Salazar recobró el color perdido; Peralmíndez fijó sus iracundas miradas en Paz, éste palideció como antes habían palidecido sus enemigos, y ocultando su cara entre sus manos, exclamó con sorda voz:

—¡Estoy perdido!!!!...

Los funerales de Cortés

DIFÍCILMENTE podríamos dar á nuestros lectores una idea del estado de sobresalto, angustia y agitación de los ánimos de los moradores de la buena ciudad de México, en los días que siguieron á los sucesos anteriormente descritos.

Por más que no se necesitase ser muy avisado para echar de ver lo grosero de la trama urdida por los gobernadores, éstos habían logrado llevar la duda y la confusión á todos los espíritus; el interés individual, que tan poderoso factor suele ser en la resolución de ciertas complicaciones sociales, no lo fué menos en aquellos momentos supremos para la Nueva España.

Confirmado el rumor de la muerte de Cortés y sus principales capitanes y soldados, debían quedar vacantes buen número de repartimientos y encomiendas, sobradamente productivas para despertar la codicia característica de la época.

Los partidarios de Cortés á esto y no á otra cosa atri-

bujan el empeño del partido contrario en pretender pasar por válida la funesta nueva, que por cuantos medios á su alcance estaban veían de negar y desmentir, resistiéndose á dejarse despojar.

Pero su misma resistencia favorecía hasta cierto punto á sus enemigos los secuaces de Salazar y de Chirinos; quienes sin cesar repetían que sólo por mantenerse en el goce de bienes que no les pertenecían, los amigos de Cortés negaban su muerte y la achacaban á intriga, y de falsa la tachaban.

Mas los gobernadores creyeron haber avanzado demasiado para andarse en contemplaciones que pudieran serles perjudiciales.

El venal tesorero Alonso de Estrada, á trueque de obtener su libertad se comprometió á pasar por todo, y el desventurado Rodrigo de Paz hubo de sucumbir á la fuerza y acceder á que los bienes de Cortés se inventarían según era de ley y costumbre que se practicase con los difuntos que habían manejado intereses del público.

Paz, que todo lo temía de los gobernadores, no quiso entenderse con ellos directamente, y para el efecto comisionó á sus amigos los capitanes españoles Andrés de Tápia y Jorge de Alvarado, quienes tomaron juramento á Salazar y Chirinos de que la persona de Paz sería respetada, y religiosamente custodiados los intereses del conquistador.

Obtendida por este medio la licencia de pasar al palacio de Cortés, Salazar y Chirinos se echaron como buitres sobre la hacienda del conquistador, y tales infamias cometieron al registrar su casa que pena y horror causa describirlas.

Rodrigo comprendió que de igual manera que habían faltado á la segunda cláusula de su juramento, habían de faltar á la primera referente á la seguridad de su persona, y amante de su vida é imposibilitado para la guarda y defensa de los caudales del conquistador, determinó irle á encontrar donde estuviese y huir de la capital, convertida en feudo de sus triunfantes enemigos.

Pero impidiéronselo por su desgracia los amigos de Cortés, que aunque eran muchos carecían de un jefe tan caracterizado como podría serlo y en efecto lo era Rodrigo de Paz.

Agrupados en su torno invocaron sus sentimientos naturales de valor y de honradez, y le coajuraron á que no los abandonara, puesto que ni estaba sólo ni le faltaban elementos para vencer más ó menos pronto á sus soberbios enemigos.

Hiciéronle ver que el triunfo de éstos sólo podría durar el tiempo que Hernán Cortés tardase en volver á la capital, y que ese tiempo sería relativamente breve en cuanto el denodado capitán llegase á saber lo que en México estaba pasando.

¿Pero cómo hacer llegar hasta él el salvador aviso?

No era oportuno confiar el encargo á un individuo cualquiera que pudiese venderlos ó no cumplirle.

Era además inconveniente y peligroso fiar á una carta noticia semejante.

La misión debía ser verbal y encomendada á uno de los mismos interesados en su feliz éxito.

De ello sólo podía encargarse alguno de los principales jefes.

Pero por una parte estos no eran tantos que conviniere desprenderse de ninguno, y por otra estos pocos jefes

estaban de tal modo sujetos á un tan estrecho espionaje que un solo día que alguno de ellos faltase de la ciudad bastaría para que su ausencia fuese notada por los gobernadores y por ellos perseguido...

Necesario era, pues, que quien hubiese de desempeñar el difícil encargo morase habitualmente fuera de la ciudad, á fin de que su ausencia no se hiciese sensible, al menos en algunos días.

El capitán Diego de Ordaz, que como enemigo personal de Peralmíndez concurría á los reuniones de los amigos de Paz, resolvió la dificultad proponiendo para el encargo á su camarada el capitán Francisco de Medina, que por sí mismo cultivaba una vasta propiedad que poseía á algunas leguas de la ciudad.

Aceptada por Medina la comisión, todo pareció marchar á las mil maravillas, y Rodrigo defirió gustoso su viaje á la provincia de Oajaca, que era donde fincaban las principales propiedades de Cortés, para de allí pasar con sus amigos á las Hibueras.

Los contrarios de los gobernadores no supieron ó no pudieron ocultar la alegría que infundíanles sus esperanzas, y de ello apercebido Salazar dictó cuantas órdenes creyó oportunas para asegurar su triunfo, dando como era natural la mayor importancia á aquellas que mejor tendiesen á impedir que sus enemigos se comunicasen con las autoridades de las islas y de la Metrópoli.

Al efecto mandó quitar las velas á los navios que se hallaban surtos en Medellín, impidiendo así que nadie se embarcase para España á dar cuenta de lo que en la Nueva estaba sucediendo.

Pero todas aquellas alegrías desvaneciéronse con la noticia que se tuvo por fidedigno conducto de que

el capitán Francisco de Medina había sido muerto por los indios de Xicalanco alzados contra los españoles.

Los partidarios de Cortés fueron en la desgracia tan poco cautos como lo habían sido en los momentos en que se dejaron dominar por sus halagüeñas ilusiones, y al notar lo los gobernadores echaron de ver que quizás el capitán Medina había perecido en el desempeño de alguna secreta comisión.

Redoblaron, pues, su vigilancia y sus espías llegaron á ser tantos ó más que sus enemigos.

Estos, considerándose cada vez más perdidos, comprometieron á Diego de Ordaz á que se encargase de la comisión que Medina no pudo desempeñar, y el designado aceptó el encargo más por compromiso que de buena voluntad.

Súpolo Salazar, y si bien nada le hubiese costado hacerle asesinar por cualquiera de sus secuaces, desistió de ello limitándose á multiplicar sobre él sus espías, á fin de conocer el objeto verdadero de la misión que se le hubiese confiado.

Ordaz emprendió su marcha y pudo salir de la ciudad con menos dificultades de las que esperaba.

Lejos de atribuirlo á buen augurio, sospechó que aquella carencia de dificultades podía obedecer á algún plan de sus enemigos.

Sus sospechas fueron afirmándose más y más conforme iba avanzando en su camino.

No pasaba por lugar alguno donde no encontrase algún español que no le hablase pestes de los gobernadores y le propusiera planes más ó menos descabellados para deshacerse de ellos.

—No sabía yo que fuera tan grande y estuviera tan

extendido nuestro partido: en la capital cabemos todos dentro de un puño de Gonzalo de Salazar, y fuera de ella somos tantos como piedras. ¡Aquí hay misterio!

Y lo había en efecto.

Ordaz en todos lados encontraba, según dejamos dicho, amigos y partidarios, y no obstante las contrariedades y los disgustos le salían por donde quiera al encuentro, estorbándole su marcha.

Unas veces le robaban su caballo y se veía en la precisión de hacer á pié largas y fatigosas jornadas.

No tardaba en encontrar algún nuevo enemigo de los gobernadores: este enemigo le hacia perder otro día desarrrollándole los consabidos planes y á lo mejor desaparecía después de haberle limpiado la bolsa ó llevándose sus armas.

Ya desarmado un nuevo enemigo buscábale querella y Ordaz tenía que ocultarse para no ser asesinado miserablemente.

Las justicias de los pueblos poníanle entonces en prisión, y las unas por amigas de Cortés, y las otras por partidarias de los gobernadores, formábanle ridículos procesos y amenazábanle con arcabucearle.

Ya en las evasiones que á cada rato intentaba, ya en sus peligrosas fugas, ya en las incesantes riñas, que al encuentro salíanle, Ordaz resultaba herido ó lastimado y en unos cuantos días su cuerpo registró más cicatrices que en largos años de guerras y aventuras.

Ocurriósele entonces que quizás los gobernadores no habrían sido extraños á la muerte de Medina, y á su pesar se acobardó y arrepintió de haber aceptado la difícil comisión.

El primer día en que, cediendo á sus temores, Ordaz

desistió de proseguir su camino y avergonzado de sí mismo volvió piés atrás, ya no fueron enemigos de los gobernadores los que en su camino halló sino amigos y partidarios de ellos, que lejos de serle contrarios brindábanle con pruebas efectivas de amistad y ayudábanle y socorríanle con franca liberalidad, ponderándole el poder del factor y el veedor y las ventajas positivas que de ser su partidario resultaríanle.

Ordaz procuraba aprovecharse de los beneficios con que le brindaban los que ya no podía dudar que eran espías, pero avergonzado de semejante protección volvió á persistir en el intento de cumplir la misión á él confiada.

Nunca hubiéralo hecho.

Alcanzado en su fuga, hubo de sostener un desigual combate en que fué vencido.

Sus asaltantes echáronle una soga al cuello y se prepararon á colgarlo de un árbol como á enemigo de Salazar.

Ordaz juzgó sin duda inútil dejarse matar, cuando su muerte de ningún provecho había de ser para sus amigos, parlamentó con sus feroces contrarios y renegó, al menos temporalmente, de su partido y fingió tomar el de sus perseguidores.

Estos volviéronle á México cubierto de beneficios y de amenazas y tan convencido de que á la menor sospecha que de él tuvieran había de pasarlo mal, que Ordaz, avergonzado de sí mismo y por ocultar á sus amigos su desleal proceder hizo que la voz de la muerte de Cortés tomase cuerpo tal que los pocos que de ella dudaban fueron quienes más contribuyeron á darla por innegable y cierta al vulgo de las gentes.

Durante algunos días la ciudad conservó un aspecto en extremo lúgubre.

Las mujeres de los que acompañaron á Cortés vistieron las negras tocas de duelo é hicieron exequias por sus maridos.

Los gobernadores simularon haber depuesto los odios é iniquias que les eran propios, y aun parecieron apesadumbrados y próximos á sucumbir al peso de la desgracia que había caído sobre la Nueva España.

Para mejor jugar su papel, boca les faltó con que elogiar las virtudes del difunto y jamás los panegiristas del conquistador han dicho ni dirán en su encomio más de lo que ellos dijeron á cuantos quisieron oírlos.

Con la más grande humildad acudieron á los frailes de San Francisco en solicitud de su concurso para las solemnes honras fúnebres que habían de hacerse en sufragio del alma del gran caudilo, y el mismo Salazar dirigió la construcción del túmulo que con tal fin se levantó, cubierto de valiosos paños de terciopelo y franjas de oro, en la nave de la iglesia.

En el día señalado para las honras de Hernán Cortés, se suspendieron por bando todos los negocios particulares y el despacho en las oficinas públicas, y todo estuvo tan bien y sabiamente fingido y el ánimo general se preocupó á tal grado que muchas gentes vertieron, sin tratar de ocultarlas, abundantes y amarguísimas lágrimas.

Capítulo III

El conflicto

EN la casa de la hermosa D.^a Ana de Pacheco no habían introducido menores confusión y complicaciones que los que apuntados dejamos, las funestas y al parecer confirmadas nuevas de la muerte de Hernán Cortés y sus amigos y camaradas.

Como mis lectores saben, el esposo de D.^a Ana había partido para las Hibueras con el conquistador, al cual le unían firmes y estrechos lazos de sincera amistad.

Saben también mis lectores la condición excepcional de aquel matrimonio.

Alonso de Pacheco no amaba á su mujer y, aunque aguerrido y valeroso soldado, quizás no amaba tampoco la gloria.

Su fiebre, su pasión, se encerraba en el logro de la riqueza, de la cual no era sin embargo avaro, si por avaricia se entiende atesorar para no disfrutar de los bienes acumulados.

Lejos de eso le placía igualarse con los nobles y los po-

tentados en el fausto y esplendor de su riqueza, ya que no podía hacerlo en el esplendor de su cuna y nacimiento.

Hombre soberbio y de grandes aspiraciones, en su mismo natural orgullo encerraba el secreto móvil de sus valerosas y brillantes acciones militares.

Merced á ello ignoraba la existencia del peligro: tales eran la sangre fría y el denuedo con que los acometía cualesquiera que ellos fuesen.

En este género de valor algunos podrían igualarle, superarle ninguno.

Naturaleza de acero, su alma no tenía rival en fortaleza y temple.

Los más arriesgados actos de arrojo, una vez realizados, no alteraban ni en lo más mínimo su carácter y reposo habituales.

Jamás ponderaba sus hechos, jamás la más pequeña emoción alteraba su semblante cuando algún testigo de su valor le celebraba.

Hernán Cortés, que, según dijimos, le profesaba particular afecto, le dijo en una de aquellas ocasiones:

—Si tan indiferente eres para tus glorias propias, ¿qué no serás para las de los demás? ¿Por qué, Alonso de Pacheco, eres así?

Alonso de Pacheco contestó á esto con la más grande naturalidad.

—Sólo faltaría que los héroes, admirándose á sí mismos, privasen á los demás de la satisfacción de admirarlos. En nosotros es tan natural el valor, que perdemos la conciencia de su mérito. El hombre sincero admira y envidia tan sólo aquello de cuya posesión no disfruta.

Esta razón era la que á Alonso de Pacheco le hacía envidiar la nobleza legendaria de la sangre.

En más de una ocasión, á la hora en que su nombre era repetido por la multitud como el de un héroe, había esperado que algún noble se le presentase haciéndose reconocer como pariente suyo.

—:Quién quita,—se había dicho,—que yo pudiera ser hijo de algún gran capitán ó del rey mismo y que razones de conciencia ó de Estado hubiesen hecho necesario hasta hoy que el secreto no debiera descubrirse?

Pero por desgracia para él, sus ilusiones nunca llegaron á verse realizadas y todo lo lograba, honores y riquezas, todo, menos el suspirado origen.

Mientras éste llegaba, Alonso de Pacheco se daba el trato de un príncipe.

Su mujer, aficionada de por sí como lo es toda mujer hermosa, á las galas y á la opulencia, tenía siempre para satisfacer sus gustos más de cuanto podía necesitar.

Alonso de Pacheco la veía con tanto menor desdén cuanto mayor lujo desplegaba en su tocado ó su servicio.

La suerte, que ciega le había favorecido en todas sus empresas, le proporcionaba sobrados recursos para mantener y acrecer su lujo y el de su esposa.

Esto nadie lo ignoraba, y en consecuencia, excusado parece decir que en cuanto se tuvo por segura la muerte de Alonso de Pacheco, los pretendientes afuyeron á su casa, cuyas puertas jamás habían estado cerradas para nadie.

A todos seducía el partido.

D.^a Ana era hermosa hasta lo hiperbólico, rica hasta la opulencia y libre como puede serlo la que nunca ha amado á su marido ni ha sido amada por él.

La confirmación de la muerte de Cortés, y por consecuencia la de su esposo, puso, pues, á D.^a Ana en un grave y difícil apuro.

No podía demostrar sentimiento, no sólo porque no le tenía, sino más que todo porque nadie habría creído en su sinceridad.

El hombre que no ama á su esposa es un muy grande miserable.

No diremos que la pone en el peligro de amar á otro hombre distinto de su esposo, porque para la mujer honrada y que se respeta á sí misma, la indiferencia de su marido nunca puede conducirla á un crimen que la rebaja y empequeñece, pero sí la expone á un riesgo que todo hombre, aun de mediana educación, debe y está obligado á evitarle.

Este riesgo es el de que los insolentes la ofendan y mortifiquen.

No hay mujer, aunque no sea un dechado de hermosura, á la cual le falten pretendientes, si ella ó su esposo dan para ello ocasión, y en más de un caso aunque la una ni el otro la den.

El marido que tiene conciencia de su honor, lo guarda con la más segura guarda que existe; la de hacerse amar por su mujer.

En tal caso la seducción de la mujer es imposible: la dicha mora en su hogar y en su hogar dichoso las serpientes de los vicios no tienen entrada, ni la intentan ellas.

Pero cuando ese amor falta, el hogar está vendido.

El más estúpido D. Juan se cree autorizado para compadecer á la mujer y excitar sus celos, y nada ofende tanto á una mujer como que los necios la compadezcan

y estén enterados del desdén con que la ve su marido.

—Creerá este imbecil,—se dicen á sí mismas,—que yo soy incapaz de dominar á un hombre? Querrá hacerme ver que mi marido puede encontrar ó ha encontrado otra mujer superior á mí?

Cualquiera que sea la respuesta que á sí misma se dé la mujer que esto se pregunta, la herida que en su corazón se abre es una herida bárbara y cruel.

La dignidad queda profundamente lastimada, y en tal caso la mujer de sangre viciada piensa en la venganza, busca la represalia y cae para no volverse á levantar jamás del lodo, ó si es buena y es honrada como son buenas y honradas la casi total mayoría de las mujeres casadas, vé de súbito desplomarse el alcázar de su felicidad y arrastra de allí en adelante una vida de sufrimiento y de martirio imponderables.

Porque ¿qué hace la infeliz cuando el desamor de su esposo la expone á las impertinencias de un mal caballero?

¿Se quejará á su marido?

Si lo hace se pone en el riesgo de que el tal marido crea que trata de excitar sus celos, con una ridícula conseja.

Y el marido que no ama á su mujer, lo primero y que con más ahinco procura, es no parecer celoso.

Puede también creer que su mujer pretende ponerle en ridículo provocándole á un lance por aquella á la cual supone que nadie amará, puesto que no la ama él.

¿Despedirá entonces al osado cortejador y le cerrará las puertas de su casa?

¿Qué logrará con ello?

Logrará que el corrido seductor, ciego de rabia, haga

creer á sus amigos que es él quien la ha dejado, después de satisfacer su innoble capricho añadiendo estas ó semejantes palabras:

—Con razón la abandonó su marido: esa mujer es un hermoso mármol incapaz de inspirar ninguna seria pasión: basta haberla una vez besado para que la ilusión se disipe y se haga indispensable huir de ella. No volveré yo á caer en sus groseras redes. De cuantas mujeres amé en lo que de vida llevo, á ninguna conquisté más fácilmente que á ésta, y ninguna tampoco, me dejó más desencantado.

Y lo creerán unos, y otros no lo creerán, pero el veneno de la calumnia se habrá vertido y algo habrá de ella quedado, lo bastante para manchar una reputación, por más limpia que en efecto sea.

¡Pobre de la mujer que en tal situación se mira, si á mayor abundamiento de desgracia el cielo no le ha dado un hijo!

Si por fortuna los tiene, la calumnia no dejará de serlo, pero al menos no le faltará á la infeliz lazo que la sujete á la vida, ni blando seno en que verter su llanto.

¡Oh! ¡los hijos son la suprema felicidad!

El cielo azul, el cielo purísimo, el cielo limpio é incommensurable está en los ojos de los hijos.

Tomad entre vuestras manos sus lindas cabecitas, en sus marcos de cabellos de oro ó de rizados de ébano.

Tomadlas, sí, vedlos sonreír, y cuando vuestra alma se inunde de suprema dicha atreveos á decir que no sabéis dónde está la felicidad.

No, no lo diréis, porque allí, en aquellos ojos, en aquella infantil sonrisa, en aquella cabecita, en su marco de cabellos de oro ó de rizados de ébano está la felicidad; tal

como Dios la crió en el crisol del amor puro, del amor desinteresado, del amor en toda la magnitud de su abnegación.

Necios que combatís el matrimonio, necios que no le ponéis por cima de todas las instituciones, ¡burlaos cuanto queráis, pero convencednos á los padres que amamos á nuestros hijos, de que no existe la felicidad!

Con nuestros hijos en los brazos, ¡cómo nos reímos de vosotros y cuán miserablemente pequeños os vemos!

En este caso, cuando un matrimonio ha tenido hijos, si el marido abandona ó desdén á su mujer, ésta es en parte menos desventurada, porque extraña menos el desamor de un hombre que, parálítico del alma, no sabe amar á sus hijos.

Pero la esposa tiene en el jardín de su hogar flores vivas, en cuyos cálices podrá derramar el rocío de su llanto.

Ella se entretendrá en formar el corazón á sus hijos más sano que el de su infeliz padre, y Dios la premiará haciendo que su semilla fructifique y que pueda recoger la cosecha del amor filial, como ninguna dulce y bienhechora.

D.ª Ana de Pacheco no había tenido la fortuna de que Dios le hubiera concedido los inefables gozes de la maternidad.

La indiferencia y el desamor de su esposo la condujeron al crimen de amar á otro hombre, y á la desgracia de sentir á su vez por su marido idénticos desamor é indiferencia.

De allí nació el conflicto en que la puso, como dejamos indicado, la noticia, al parecer confirmada, de la muerte de su marido Alonso de Pacheco.

Sigamos ahora ese conflicto en las funestas consecuencias que en sí mismo trajo.

Capítulo IV

El primer paso

DONA Ana de Pacheco, al tener noticia de la muerte de su marido, sintió en todo su ser una extraordinaria y ruda conmoción, en un todo semejante á la que pudiera sentir una persona lanzada con extraordinaria violencia, y por una fuerza superior, al inconmensurable espacio.

Por más extraño que el simil anterior pueda haber parecido á nuestros lectores, no obstante ninguno hemos encontrado más exacto.

Tal es el efecto que en el esclavo produce el goce de la libertad, y D.^a Ana esclava había sido hasta entonces sujeta á la cadena de un matrimonio cuyos goces morales desconocía por completo.

Pasado el primer momento de sorpresa, D.^a Ana concedió á su esposo lo único que concederle podia en su caso: las oraciones que por su alma le dictó su cristiana piedad, y un sentimiento de gratitud por la prosperidad material en que la había dejado.

Después de esto, su alma y su corazón se ensancharon, y la mirada de sus hermosos ojos se recreó en la contemplación de vastos horizontes de probable ventura.

En sus labios se dibujó plácida é intencionada la sonrisa, al sentir agitarse en su cerebro dulces y acariciadores proyectos, su espíritu se levantó hasta Dios en demanda de su protección y auxilio.

¿Qué era lo que meditaba, pues á tanto se atrevía?

Vamos á decirlo para colocar á nuestra heroína en el verdadero lugar que le corresponde.

Quizás la pintura que de sus sentimientos y antecedentes tenemos hecha ha podido hacer creer á nuestros lectores que D.^a Ana era una mujer indigna de su interés y compasión.

No es así afortunadamente.

Somos nosotros de los que creemos que la maldad es en la mujer un accidente, pero nunca un defecto natural y capaz de arraigarse en ella.

De la que más criminal llegue á parecernos siempre creemos factible que puede, á la voz del Creador, surgir una Magdalena.

La obra más bella del Creador no puede apartarse nunca por completo de la senda de lo más bello, que es la virtud: Magdalena nos dice que la mujer que cae puede levantarse, como ella se levantó, hasta colocarse en los altares de nuestros templos.

No en vano Jesucristo, al coger bajo su salvador amparo á una mujer pecadora, exclamó:

«El que no haya pecado, tire la primera piedra.»

D.^a Ana era digna de una protección semejante.

La hemos visto noble y digna cual otra mujer que no-

ble y digna sea, confesar con fiera humildad su culpa única ante D. Pedro Roca de Togores, cuando éste, pos-trándose como ciego amante y no como buen caballero, le echó en cara sus amores con el joven D. Alvaro de Silva.

En aquel diálogo, digno de memoria, nos demostró que su culpa hija fué del error y de la inexperiencia, no de la inclinación al vicio.

Así pues, sus proyectos en cuyo favor solicitaba la protección de Dios, no eran otros que los de alcanzar su regeneración y cubrir la mancha sobre su conciencia arrojada por sus ilícitos amores con D. Alvaro.

¿Cómo podría lograrlo?

Lo ignoraba, y por lo mismo acudía á la Providencia en solicitud de auxilio.

Bien necesitaba de ello.

D. Pedro de Togores había vuelto á insistir en que D.^a Ana correspondiese á su pasión.

Su insistencia se hacía notable por esa tenacidad que distingue las pasiones del hombre en el último tercio de su vida.

Acostumbrado á luchar con más ó menos fortuna con todas las contrariedades de la humana existencia, el padre de D.^a Beatriz no podía comprender, ó por mejor decir, no podía soportar los obstáculos que salían al paso á sus proyectos de enlace con D.^a Ana.

Y en vez de desistir de ellos, se empeñaba más y más en una lucha que había de tener para él fatales consecuencias.

Le asustaba el ridículo en que pudieran ponerle las negativas de D.^a Ana, y con suprema aberración no se asustaba del ridículo en que desde luego le ponían sus tardíos transportes amorosos.

Ciego hasta la exageración, no echaba de ver que, pues la casualidad había librado á D.^a Ana de Alonso de Pacheco, ésta pasaría por todo menos por contraer un nuevo enlace de compromiso. Sabía ya lo que era no amar á su marido.

D. Pedro de Togores, que habia perdido de vista los dorados remates del alcázar de las juveniles ilusiones, procuraba hacerse las menos posibles, ó más bien, creía no hacerse ninguna; pero del mismo modo que las chocheos del anciano se asemejan y aún llegan á igualar á los infantiles caprichos del niño, la amorosa tenacidad de D. Pedro se hacia notar por faltas de reposo y madurez en un todo iguales á las que son propias de la irreflexión juvenil.

No le amaba D.^a Ana; habia tenido la franqueza de decirselo; pero ¿qué le importaba á él eso, cuando su ficticia y ponderada experiencia le decía que las pasiones románticas eran falsos cuentos inventados por ociosos trovadores y holgazanes romanceros?

D.^a Ana, que, como bien sabemos, conocia y agradábale la franqueza, con cuanta sabía ella usar se apresuró á poner coto á los arrebatos de su maduro cortejador.

—¿Qué es entonces lo que os proponéis?—la interpeló con rudo despecho: —¿conservaréis indefinidamente vuestras tocas de viuda, conservando á vuestro marido muerto una fidelidad que no le guardasteis vivo?

—El lodo que queréis echarme á la cara cae, señor de Togores, sobre la vuestra:—exclamó doña Ana con majestuosa dignidad.—¿Sois un mal caballero! ¡Salid de mi casa!

Y al decir esto, la actitud que tomó la hermosa dama fué de tal modo imponente, que D. Pedro no pudo por

menos de obedecer, mal de su grado, pero antes de salir desde la puerta y con voz y ademan siniestro:

—Volveré,—exclamó,—cuando vos misma me mandéis llamar, que no será muy tarde: yo os lo fío.

D.^a Ana no pudo adivinar cuál hubiese de ser el verdadero sentido que debiese dar á aquella amenaza, pero no tardó mucho en saberlo.

Antes que cerrase la noche de aquel día, D.^a Leonor, la hija de D. Pedro, se presentó en su casa solicitando ser recibida lo más pronto posible.

Así se lo concedió D.^a Ana.

La bella jóven, radiante de felicidad y sollozando de ventura, se arrojó á sus plantas repitiendo:

—¡Gracias, D.^a Ana, gracias! ¡el cielo os premie el beneficio que me hacéis! vos me habéis devuelto al amor de mi padre, porque, creedlo, señora; si hubiera persistido en impedir mis amores con D. Alvaro, habria acabado por desobedecerle y odiarle. No me juzguéis mal, doña Ana; pero mi padre jamás me ha visto ni considerado como á los padres corresponde ver y considerar á sus hijos. Hoy, gracias á vos, señora, mi padre me ha convencido de que al fin corresponderá al amor que yo le he consagrado siempre.

Fortuna fué para D.^a Ana que la jóven se hubiese postrado á sus piés y empleado en la manifestación de su gratitud tan grande número de palabras, porque merced á una y otra cosa, D.^a Leonor no pudo notar los relámpagos de cólera que brillaron en los ojos de doña Ana, y ésta consiguió dominarse y afectar una tranquilidad que ciertamente no sentía.

Pero una vez logrado eso, D.^a Ana fué lo que siempre habia sido.

Obligó á la joven á que se levantase del suelo, le abrió afectuosísimamente los brazos, y la invitó á tomar asiento á su lado.

Su primera pregunta fué:

—¿Ha sido vuestro padre quién os ha movido á venir á darme la nueva que me habéis comunicado?

—Sí señora,—contestó D.^a Leonor,—«vé, me dijo, á noticiar á D.^a Ana, que al fin he sucumbido al cariño que te guardo, y que consiento en tu matrimonio con D. Alvaro de Silva, que tanto y con tan gran constancia te ama. Ve á noticiárselo, porque á D.^a Ana debes la felicidad que te concedo.»

D.^a Ana permitió que sus hermosos labios dibujasen una dulcísima sonrisa que iluminó con celeste belleza su espléndido semblante.

Lo notó D.^a Leonor, y traduciéndolo á su modo, exclamó:

—¡Ah! estáis contenta de vuestra obra, ¿no es verdad? ¡Oh! ¡cuánto os amo, D.^a Ana! ¡cuánto y cuán sinceramente os admiro! Porque ¡ay! amo tanto á D. Alvaro que comprendo la justicia con que vos, señora, le amasteis, y puedo apreciar el sacrificio que hacéis no oponiéndoo á que yo le ame.

D.^a Ana frunció un tanto sus cejas y clavó su mirada en los ojos de su interlocutora, como queriendo averiguar si sus palabras envolvían algún irónico sentido.

Pero no era así.

La joven había hablado con la más lata sinceridad.

Era feliz, y como á todo el que lo es, no le ocurría que pudiese lastimar á nadie con los transportes de su dicha.

—¿Luego no tenéis celos de mí?—se aventuró á preguntar D.^a Ana, procurando dar á la sonrisa con que acompañó su pregunta el tinte de la mayor benevolencia.

—Desde el instante en que, accediendo á mis súplicas—contestó la joven,—habéis convencido á mi padre de que mi ventura está en desposarme con D. Alvaro, creedme, D.^a Ana, os juzgo mi mejor amiga, y como á tal os amo con todo mi corazón. Sin duda, puesto que tal habéis hecho, borrado también habéis de vuestro recuerdo el amor que un día sentisteis por D. Alvaro, y como soy mujer, y os juzgo por lo que soy, os creo incapaz de amar á quien no os ama y ama á otra mujer. Bien sabe Dios que con lo que os hablo no pretendo heriros por ningún concepto, y antes bien, tanta es la gratitud que á vos me obliga, que deseando corresponderos con una eterna amistad el bien que me habéis hecho, y necesitando, para que esa amistad se vea satisfecha, poder pasar á vuestra casa y estar á vuestro lado, y esto no sería posible en el caso de que hubieseis de continuar ofendida con D. Alvaro, voy á pedir os una merced que espero y os ruego me concedáis.

—Decidla, y si me fuese posible...

—Lo es, señora, porque en vos es posible todo lo que sea digno y grande.

—Decidla, decidla sin rodeos.

—Concededme licencia para traer os á D. Alvaro, que postrado ante vuestras plantas, demandará y obtendrá, yo lo espero, vuestro perdón.

D.^a Ana contempló con no disimulado asombro á D.^a Leonor, y entre airada y compasiva, exclamó:

—Vuestra candidez, D.^a Leonor, sobrepasa á la ad-

miración con que os oigo proponerme cosa semejante.

—Yo os lo ruego, D.^a Ana, — repuso la joven sin hacer atención á lo que la dama acababa de decir.

La viuda de Pacheco permaneció un instante en silencio como concentrada en si misma, y al fin dijo:

—Tenéis razón; vos me lo proponéis, debo aceptar. Quizás sólo vos podriais traerle ante mí.

Capítulo V

Relaciones oficiales

NONTRÁBASE D.^a Leonor de Togores, al menos hasta cierto punto, en aptitud de poder cumplir su ofrecimiento de presentar su antiguo amante á D.^a Ana de Pacheco.

Durante varios días la joven no había vuelto á verle.

D. Alvaro permaneció durante ellos asilado en San Francisco, ayudando á sus amigos, D. Luis y Gonzalo de Alva, en sus pesquisas para descubrir el paradero de la bella María y la no menos hermosa D.^a Beatriz.

Pero al fin, arriesgándose á todo, pues en él eran naturales el valor y la nobleza de sentimientos, en obsequio de sus amigos se decidió á salir de su retraimiento y presentarse á Salazar que, como sabemos, le había guardado siempre grandes consideraciones.

Salazar le recibió bastante bien, y aun le presentó sus excusas por haberle reducido á prisión, durante la fatal noche aquella, cuyos sucesos nos entretuvieron largamente en pasados capítulos.